

III

Intervención de Radomiro Tomic en el Consejo Ampliado del PDC

Las revoluciones no se inventan. Se producen cuando hay desequilibrios insostenibles entre la **norma** y la **vida**; entre la **realidad** y lo que se **supone** que es, o que sigue siendo, la realidad. Tampoco estallan de la noche a la mañana, de repente y "porque sí"; sino que los desajustes e injusticias que empujan el proceso revolucionario se anuncian creciente y perceptiblemente. Cuando se desencadenan, plantean simultáneamente grandes oportunidades y riesgos graves a los pueblos que las hacen o las sufren. Sin una adecuada perspectiva histórica no hay posibilidad de encauzar

un proceso revolucionario o de influirlo. No será, pues, tiempo perdido si utilizamos algunos breves minutos de este Ampliado Nacional para orientarnos en el tan aparentemente confuso tiempo en que vivimos y en que está insertado Chile y nuestra propia acción.

La crisis global de nuestra civilización ha desencadenado en el siglo XX la revolución más extensa, profunda y acelerada de la historia. Ella estremece los valores tradicionales; el orden nacional e internacional; el mundo espiritual y el mundo físico; el poder, su justificación moral y

Z403

sus instituciones; etc. Es una revolución que envuelve a la Humanidad como un todo, aunque se exprese necesariamente con distintas características y distinto énfasis según las circunstancias culturales, históricas, políticas, sociales, de los distintos pueblos y naciones. No ha empezado ayer, ni hace 30 años, ni siquiera en este siglo, pero es en el siglo XX en que el impulso revolucionario ha hecho ceder más estruendosamente algunas de las estructuras fundamentales del viejo orden mundial, y en que el proceso de cambios se ahonda y se acelera.

ALGUNOS EJEMPLOS EN LA ESCALA MUNDIAL.

No divaguemos. Bastarán tres o cuatro miradas sobre aspectos que hablan por sí solos.

Por ejemplo: la distribución del poder mundial y de los medios de fuerza e influencia ¿cómo era y cómo es? Cuando ya habíamos nacido todos los que fundamos la Falange Nacional, no existía una sola nación con gobierno comunista en el mundo, y los vastos imperios europeos y norteamericano gobernaban Asia —exceptuando el Japón que desarrollaba su propio imperialismo— Africa, Oceanía, una buena parte de Europa y también de América Latina. El mundo entero, hasta muy avanzado el siglo XX, obedecía, trabajaba y producía para el hombre blanco. Pues bien, aún no hemos llegado a la ancianidad y sin embargo, vimos surgir y morir las fulgurantes revoluciones del Fascismo en Italia y del Nazismo en Alemania que parecieron a punto de cambiar el eje de la historia; desaparecer los inmensos imperios coloniales de Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica y Japón; y emerger y consolidarse gobiernos comunistas, en países que representan una tercera parte de la población del mundo, una tercera parte de la superficie del globo terráqueo y que producen más de una tercera parte de toda la riqueza mundial. ¡Cuántas cosas tan decisivas en menos del breve espacio de la vida de un hombre!

Por ejemplo: cuando ya había nacido la segunda generación de demócratas-cristianos chilenos, es decir, casi todos los dirigentes de la JDC a quienes hemos oído en este Ampliado, sólo 45 naciones de la tierra pudieron firmar la Carta de San Francisco fundando las Naciones Unidas. Y en cambio, el próximo mes, se reunirán aquí en Santiago, en la UNCTAD III, los representantes de 141 Estados soberanos. ¡Cien naciones nuevas en 25 años! ¿Puede ser más claro que un viejo orden mundial se desvanece para siempre y que des-punta, impreciso y vacilante, pero cargado de fuerza vital uno nuevo?

Otro ejemplo: bien avanzado el siglo XX, todavía la fe cristiana tenía como expresión dominante la sombría teología de la culpa y del castigo, y en otro plano, la Iglesia aparecía asociada en todas partes a los poderosos del mundo. Hoy, asistimos asombrados a cambios inimaginables en la perspectiva cristiana de hace un cuarto de siglo, tanto en la organización interna de la Iglesia como en la audacia creadora de la llamada teología de la liberación; en su espíritu ecuménico ante las demás confesiones cristianas y ante otras religiones; y en su apertura cada vez mayor a los problemas del hombre, y también de los pueblos pobres, en el mundo moderno.

LA HISTORIA MARCHA HACIA ADELANTE.

Podríamos seguir señalando los prodigiosos "saltos" de la revolución científica y de la tecnología; del dominio de la naturaleza por el hombre; de las posibilidades de multiplicación de la riqueza por el control de la energía, la mecanización, la cibernética; de la penetración del conocimiento humano en los misterios del átomo y del espacio estelar; del contenido esencialmente liberador y humanista del pensamiento marxista y de la mayor parte de las revoluciones socialistas del siglo XX. Todo nos demuestra que formamos parte de un colosal proceso revolucionario, sin duda el mayor de la historia. Pero lo importante es que el sentido profundo de este proceso revolucionario es positivo, ascensional, vitalizador, a pesar de los zig-zagueos y contradicciones inevitables. ¡Por algo Teilhard de Chardin le agradecía a Dios haber sido testigo de este tiempo revolucionario!

LA REVOLUCION SACUDE TAMBIEN A LA VIEJA SOCIEDAD CHILENA.

¿Y Chile? Demos otro par de ojeadas sobre hechos que todos conocemos. Por ejemplo, en lo político: desde 1830 hasta 1938, es decir más de de cien años, la Constitución, las leyes y el gobierno, estuvieron en manos de dos fuerzas políticas: liberales y conservadores —ambos exponentes de la misma clase social; los mismos intereses; miembros de las mismas familias. Desde 1920 se amplía el círculo a los radicales. ¡Pero en los últimos 25 años hemos visto cambiar de manos 5 veces la Presidencia de Chile, sin que ninguna de las fuerzas gobernantes —incluyendo a la DC— haya sido capaz de conservar la confianza en el grado indispensable para asegurar la reelección y la continuidad de su gestión. Nosotros, que obtuvimos el 43% en 1965, bajamos al 36% en 1967 y al 29% en 1969. La frustración y el descontento son la característica dominante en el juicio político y en el comportamiento cívico de los chilenos. Como el enfermo sofocado por la fiebre y el malestar se da vueltas incesantemente en busca de alivio, el chileno, sofocado por la frustración, el descontento, las necesidades insatisfechas como consecuencia de una economía capitalista pavorosamente ineficiente, sin más participación en el destino del país que hacer una larga cola cada 4 años para rayar un papellito y meterlo en una urna —"¡ya voté!"—, espera todo del gobierno, culpa de todo al gobierno y cree desahogarse cambiando de gobierno y de orientación cada 6 años. ¿Hasta cuándo...? ¡Cuidado!

Otro ejemplo del proceso revolucionario entre nosotros, que no está en ningún programa ni es obra de nadie en particular: la situación económica medida en el valor del peso chileno. Desde 1830 hasta 1930, es decir en cien años, el peso chileno varió su valor con respecto al dólar, de un peso por dólar a cinco pesos por dólar. Cinco veces menos en el curso de cien años. Pero, desde 1930 hasta hoy, la variación ha sido de 5 pesos por dólar entonces a 25 mil pesos por dólar ahora. Es decir, ¡cinco mil veces menos en 40 años! Y esto es sin guerras, ni fábricas bombardeadas, ni

bloqueos económicos; y habitando uno de los territorios más extensos y más ricos del mundo entero, en relación con la población. ¿Qué tremendos desajustes de tipo nacional e internacional, de orden económico, financiero, social y político, han sido necesarios para producir esta desvalorización aterradora de la moneda chilena? Naturalmente el desastre del peso chileno no es un fenómeno aislado. Análisis semejantes podrían hacerse en otros aspectos económicos, sociales, culturales o políticos; todos igualmente demostrativos del fracaso esencial de las viejas estructuras institucionales y económicas para adaptarse a las consecuencias y a las exigencias del proceso revolucionario mundial —y nacional— que comentábamos.

¡CONTRA LAS MINORIAS: EL PUEBLO ORGANIZADO! ¡CONTRA EL CAPITALISMO: LOS TRABAJADORES ORGANIZADOS!

Ya lo dijimos: las revoluciones al igual que los terremotos, no pueden "inventarse" en un escritorio ni se fabrican "a la carta". Se producen cuando las tensiones son insostenibles: cuando los desequilibrios rompen por dentro el "orden establecido" y una proporción adecuada de la población toma conciencia de esta situación objetiva y la transforma en voluntad revolucionaria.

Toda revolución contiene inevitablemente dos elementos: es **contra** algo y a **favor** de algo. Contra aquello que se denuncia como la causa de los males (la monarquía, el capitalismo, la sumisión colonial, etc.) y a favor de aquello con que se aspira a sustituir lo viejo (la república, el socialismo, la independencia colonial, etc.). ¿**Contra** qué y a **favor** de qué tiene lugar y adquiere sentido el proceso revolucionario en Chile?

Pienso que la línea de fondo es clara en nuestra patria: **contra** instituciones de base social minoritaria que marginan al pueblo, la juventud y al grueso del país de una efectiva participación en su funcionamiento; y **contra** el capitalismo y el neo-capitalismo como sistema económico de producción, capitalización y distribución de la riqueza. Estos son los dos grandes marcos paralizadores de la vida nacional en el último medio siglo, los dos "zapatos chinos" que han constreñido en términos intolerables la pugna de las grandes mayorías nacionales por incorporarse de una manera más orgánica, más vital, más auténtica a la dirección del Estado y de la economía chilena. ¿Y a **favor** de qué? Digámoslo con las palabras del último programa presidencial aprobado por la unanimidad de la Junta Nacional del PDC: "La sustitución de las **minorías** por el **pueblo organizado**, en el control de los centros de poder político, cultural, económico y social; y la sustitución del **capitalismo** por los **trabajadores organizados**, como centro motor de la economía chilena."

LOS DEMOCRATACRISTIANOS NO ESTAMOS SOLOS.

Si fuéramos solamente los democratacristianos quienes interpretáramos así el sentido del proceso revolucionario en Chile, no significaría demasiado; pero afortunadamente, a pesar de distintos enfoques interpretativos y de desviaciones y aún

contradicciones sobre las metas y los métodos revolucionarios, hay en general un grado muy importante de coincidencia con otras fuerzas políticas y sociales respecto a la identificación de los dos "cuellos de botella" que están estrangulando a Chile. El primero, las instituciones tradicionales, de base social minoritaria y con escasa o nula participación de los grandes sectores que son, sin embargo, el fundamento vital del país. El segundo, las estructuras y motivaciones del capitalismo y neo-capitalismo que, en un país pobre pero con efectivo respeto por la libertad de voto en lo político y de huelga en lo laboral, se transforma en el más ineficiente de todos los sistemas productivos, como lo demuestra palmariamente la experiencia chilena bajo todos los gobiernos, desde hace 20 años.

A este acuerdo sobre los dos "males" que generan la crisis fundamental de Chile, pienso que hay que agregar un largo grado de consenso respecto a la naturaleza esencial de los "remedios" propuestos por la Democracia Cristiana, y que mencioné denantes. Es decir, la necesidad de una participación más amplia y más auténtica de todo el pueblo en las duras responsabilidades y exigencias de dar a Chile un nuevo destino; y el desplazamiento sistemático hacia los trabajadores organizados de las responsabilidades, no menos duras, de un esfuerzo productivo mucho mayor del que es posible en la empresa capitalista y en el régimen capitalista. Contrariamente a la menguada visión del "populismo" imperante en el gobierno de la UP, yo estoy convencido que el pueblo chileno entendería y aceptaría que Chile no puede salir de la pobreza y la dependencia sino mediante un gran esfuerzo nacional de más trabajo, más disciplina, más producción, más ahorro y más inversión en función de un nuevo esquema institucional y económico cuya clave debe ser la **participación popular**.

Vista así la tendencia profunda del proceso revolucionario entre nosotros, sólo podríamos alegrarnos, como cristianos y como chilenos, de haber contribuido a robustecerlo y encauzarlo, ya que fue para esto, ¡precisamente para esto!, que fundamos ayer la Falange Nacional y militamos hoy en el Partido Demócrata Cristiano.

¿QUE TIPO DE SOCIALISMO PARA CHILE?

Pero no estamos en la Democracia Cristiana "para interpretar la historia de Chile, sino para cambiarla". En el Ampliado de Mayo de 1971, celebrado aquí mismo, el Partido Demócrata Cristiano se definió como un Partido "socialista, comunitario, pluralista y democrático". Y declaramos que nuestra meta es hacer de Chile un país "socialista, comunitario, pluralista y democrático".

No es una definición arbitraria, oportunista o cobardona. No nos sentimos menos "avanzados" que los que se proclaman marxistas-leninistas y propician la dictadura del proletariado en Chile. No es porque busquemos "acomodos" entre el viejo y el nuevo orden, entre los intereses de la minoría y los del pueblo que, entre las varias formas que teóricamente puede asumir el socialismo como fórmula de reemplazo del capitalismo y su aparataje institucional, hemos escogido como meta y como camino el socialismo comunitario y plura-

lista y no el marxismo-leninismo y la dictadura del proletariado. Lo hemos hecho por varias razones. Algunas de principio —subrayemos que para nosotros la **persona humana** es el fundamento y la razón de ser de la sociedad y del Estado— y otras de orden práctico. Es decir, producto de la valorización de la realidad chilena y de los juicios políticos consiguientes. Sólo un dogmatismo obtuso y por tanto esencialmente negativo, puede ignorar o despreciar la realidad; como lo enseña, por lo demás, insistentemente el propio Lenin. Por eso, manteniendo la argumentación en el plano político, ya que el PDC no puede entretenerse en soliloquios, sino que busca la comprensión y apoyo de los demás chilenos, decimos enfáticamente que el marxismo-leninismo como meta y la dictadura del proletariado como camino, son contrarios a la realidad chilena en lo interno y contrarios a la **realidad internacional**, incluyendo al mundo comunista, tal cual la conocemos hoy. Es como consecuencia del análisis de esta doble realidad (haciendo abstracción de otros valores fundamentales para nosotros) que afirmamos que en Chile no hay ninguna otra posibilidad de **socialismo** que un socialismo pluralista y democrático, cuya expresión más orgánica, más vital, más dinámica y creadora, es el **socialismo comunitario**.

Lo digo con la misma convicción con que pienso que en 1917 era Lenin y el marxismo-leninismo la respuesta para los problemas pavorosos que enfrentaba el pueblo ruso, y no el Zar y la nobleza, y no Kerensky ni la social-democracia impotente y vacilante. Que en 1941, era Tito y el marxismo-leninismo la única respuesta adecuada para preservar la unidad y un destino nacional para Yugoslavia, y no la Monarquía servía o la democracia liberal. Que en 1945 era Mao-Tse Tung y el marxismo-leninismo-maoísmo, y no Chiang-Kai Shek y la sumisión al imperialismo extranjero, la única respuesta posible para China. La historia lo demuestra.

Con la misma convicción con que pienso que era la **Social-democracia** la que mejor proporcionaba los instrumentos de acción política y las instituciones más eficaces para la realidad interna e internacional de pueblos como Suecia, Noruega, Dinamarca y Finlandia. La historia lo demuestra.

Con la misma convicción con que pienso que en función del conjunto de factores que definían su **realidad nacional**, y la **realidad internacional** en que se movían, han sido los valores e instituciones del liberalismo burgués y del capitalismo, los que han servido mejor el **interés nacional** de países como Suiza, Bélgica, Holanda, Inglaterra y los Estados Unidos. La historia lo demuestra.

¿Que no será siempre así ni para unos ni para otros? ¡Seguramente! Pero las opciones que los pueblos deben escoger y las instituciones que deben darse, son las que corresponden a la **realidad vigente** y no a la que no ha nacido todavía. Es hacia la **unidad**, pero no hacia la **uniformidad** que marcha la historia.

Volvamos a lo nuestro. En Chile —y podríamos decir en América Latina— sólo el **socialismo democrático** tiene posibilidades y porvenir. Y no habrá otra nueva sociedad en estos países capaz de sustituir las viejas estructuras oligárquicas, reaccionarias, capitalistas y dependientes del imperialismo foráneo, que una sociedad socialista, pluralista, democrática. En algunos —y es eso lo

que nosotros queremos para Chile!— podrá hacerse utilizando el marco democrático y la institucionalidad vigente para crear una nueva. En otros —hay ya algunas manifestaciones en nuestra América— utilizando las Fuerzas Armadas y el sentimiento nacionalista, para abatir las viejas estructuras y abrir paso a formas socialistas de organización económica y social.

¿ESTA FRACASANDO EL GOBIERNO DE LA UNIDAD POPULAR?

Yo creo que Fuentealba definió ayer con gran certeza y en una sola frase la naturaleza, la importancia y la dificultad del problema que enfrenta el Partido Demócrata Cristiano. Dijo: "Somos un Partido revolucionario frente a un gobierno revolucionario". ¡Ni estamos **dentro** de este gobierno revolucionario ni estamos **contra** este gobierno revolucionario por ser revolucionario!

Somos "un Partido revolucionario que está frente a un gobierno revolucionario". La sustitución del viejo régimen político-social-económico era indispensable en Chile: pero la acción del gobierno de Allende, a pesar de algunas medidas de gran alcance anti-capitalista, no está avanzando hacia el UNICO socialismo viable en Chile, y ha terminado por crear en el país situaciones políticas y económicas que el propio Presidente de la República y los documentos recientemente publicados por los más importantes Partidos de Gobierno como el PS y el PC, califican de "extremadamente graves".

¿Qué les ha pasado? Lo que tenía que pasarles. Estructuralmente es un gobierno esencialmente débil, obligado a sobrevivir "comprando" cada día la adhesión popular en una política que **contradice** las exigencias más obvias y más imperativas de la marcha hacia el socialismo. Porque son minoría institucional, **porque** son un gobierno esencialmente débil, no pueden hacer lo que tendrían que hacer, sino que están obligados a hacer precisamente lo contrario. A sacrificar el porvenir por atender el día de hoy. Toman medidas que externamente tienen un carácter socialista, pero que, por carencia de conciencia revolucionaria y de conducta revolucionaria en la dirección y en la base, se transforman en piedras de molino al cuello de los objetivos socialistas.

Ahí está la nacionalización del cobre. Fue apoyada por todo Chile y es indudablemente una medida concordante con el tránsito hacia una economía socialista. Pero, en manos de este gobierno, la nacionalización del cobre se tradujo en que, en un solo año, los costos de producción aumentaron en **cerca de un 50%**, desapareciendo los centenares de millones de escudos de utilidades previstas y que eran indispensables para financiar una nueva economía socialista en Chile. Fue Allende en La Moneda el que informó a los obreros de "El Teniente" y al país entero que el costo de producción en esa Mina llegaba a 49 centavos de dólar la libra. Es el Gerente General de Chuquicamata, militante del PC, señor Silbermann, declarando en el diario "El Siglo" que "durante 1971 y solamente debido a vicios laborales, se habían perdido en Chuquicamata 60 millones de dólares libres" (son sus palabras textuales). ¿No es esto un verdadero crimen dentro de la perspectiva de un gobierno "en tránsito al socialismo"?

—Es Allende quien acaba de decir en un discurso público en Antofagasta que las pérdidas de la industria salitrera nacionalizada son ya de 20 millones de dólares al año... ¡Y eran solamente de 11 millones antes de su nacionalización!

—Es el "populismo" anti-socialista el que para obtener resultados favorables en lo inmediato no vaciló en sacrificar las exigencias inesquivables de un verdadero tránsito al socialismo, desplazó drásticamente el 59% del ingreso nacional a favor de asalariados y más que duplicó la emisión de dinero "para reactivar la economía mediante el aumento masivo de la capacidad de compra del pueblo sin preguntarse si la economía chilena estaba en condiciones de producir esos nuevos bienes y servicios necesarios para atender la demanda acrecentada. Así "fabricaron" ellos mismos la mayor causa del desabastecimiento del cual se quejan actualmente los chilenos y que carcome la popularidad del gobierno. ¡Son contradicciones frontales con la teoría y la experiencia mundial del socialismo sobre la necesidad de la "acumulación" o capitalización indispensable para hacer viable una economía socialista en un pueblo pobre!

—Anunciaron que "cada vez que el costo de la vida subiera más de un 5% habría reajuste inmediato de sueldos y jornales"... ¡pero en los dos primeros meses de 1972, ya ha habido un 10,4% según el propio Índice Oficial, y han tenido que declarar melancólicamente que "esta parte del programa no se cumplirá" (¡)!

Todas estas contradicciones y fracasos explican por qué en las elecciones complementarias de enero de 1972, la Unidad Popular perdió más del 4% de la votación nacional con respecto a las elecciones municipales de 1971 en esas mismas tres provincias. El gobierno demócratacristiano perdía algo más de un 6% de la votación nacional cada 2 años; el de la Unidad Popular, retrocede a un ritmo por lo menos dos veces más rápido que el nuestro. Por eso se han negado a someter a plebiscito la reforma constitucional Fuentealba-Hamilton que ordena que el traspaso de las industrias al área social debe hacerse por ley y no por decreto del Presidente de la República. Cualquiera hubiese dicho que éste era un muy buen "caballo de batalla" para que el gobierno derrotase a la Oposición en un plebiscito en que votarían tres y medio millones de chilenos. "¡Que sea el "Gobierno Popular" y no el "Congreso Opositor" quien decida cuáles industrias van a ser socializadas, mixtas o privadas". Pero no lo han hecho, porque saben que el Gobierno sería derrotado, como lo demuestran las elecciones complementarias y lo confirman las encuestas reservadas de Investigaciones.

No les ocurre esto —por lo menos en mi opinión personal— porque esté el Gobierno "avanzando hacia el socialismo", sino precisamente porque lo que hacen tiene poco que ver con el socialismo y sus exigencias de tipo moral y técnico, y tiene, en cambio, mucho de los viejos vicios del sectarismo partidario y de la voracidad politiquera de que el país está harto de náusea. Tiene mucho de la rutina burocrática, tramitadora, incompetente y arrogante con el pueblo y el público como lo han reconocido recientemente Allende y los principales Partidos de la UP en autocríticas públicas. Y tiene dos "novedades" de cuyas con-

secuencias peligrosas parecen no darse cuenta, para mal de ellos y de Chile. La primera, los pronunciamientos más solemnes del gobierno de la UP (El Arrayán, por ejemplo) están dejando de ser creídos, están perdiendo la confianza y el respeto del país, por la facilidad con que dicen una cosa y hacen (o dejan hacer) otra en la práctica; olvidando que "la mentira tiene piernas cortas" y no lleva a nadie lejos. La segunda, más grave todavía, la debilidad suicida con que dejan difundirse la impresión de que el gobierno carece de la voluntad política o de la capacidad para ejercer la autoridad contra quien quiera "tome la ley en sus propias manos". Es decir la autoridad para garantizar a todos los chilenos que aquí manda el gobierno y no el ultrismo izquierdista o el "espontaneísmo" de grupos impacientes o "logreros" en el rosario inacabable de "tomas" de fundos, de parcelas, de poblaciones, de terrenos con otros adjudicatarios, de oficinas comerciales, de empresas, de minas, de escuelas, de liceos, de edificios públicos, de caminos, de puentes, etc. Cada "toma" aisladamente puede tener una explicación y ser una ilegalidad de bajo "costo social"; pero en conjunto, multiplicadas por decenas y centenares o millares de casos, semana tras semana y mes tras mes, tienen un efecto devastador para el gobierno y la moral ciudadana. Después de todo, hace ya un año y medio que gobiernan, tiempo más que suficiente para que hubiesen terminado la confusión, el desorden y las ilegalidades y abusos de base, inevitables en los primeros tres o seis meses.

Nada socava más rápida y mortalmente la legitimidad de un gobierno que la sensación de ser un gobierno incapaz de hacerse obedecer, no sólo por sus adversarios, sino principalmente por sus propios seguidores. No diré yo que Allende y la Unidad Popular estén en esta situación. No lo están todavía. Pero quienes deseamos por el bien de Chile que este gobierno no fracase sino tenga éxito, como lo ha reiterado la Democracia Cristiana por boca de sus más altos personeros, haríamos mal en no advertirles que están yendo demasiado lejos en el abandono del deber de mandar y de hacerse obedecer; y que nada peor puede ocurrirles que siga aumentando el número de chilenos, tanto partidarios como contrarios del gobierno, que se preguntan ya, unos con arrogancia y otros con miedo, "¿quién manda en Chile?".

¿POR QUE ESTA FRACASANDO EL GOBIERNO DE ALLENDE?

En las elecciones de 1970, la tesis demócratacristiana de la Unidad del Pueblo, fue rechazada una y otra vez por los Partidos Comunista y Socialista y por los otros cuatro Partidos de la UP. Carentes de visión política y de unidad de acción y de mando, consumidos por un obtuso sectarismo, y prisioneros en gran medida de los mismos vicios, apetitos y concupiscencias que denunciaban en los gobiernos burgueses y en el burocratismo burgués, rechazaron incluso después de ser Allende elegido Presidente de Chile, la posibilidad de acuerdos concretos con la Democracia Cristiana que hubieran permitido avanzar hacia una sociedad socialista-pluralista-democrática. De liberadamente prefirieron tratar de "arrinconar" a la Democracia Cristiana en la oposición, creyendo

que así la obligarían a pactar con la Derecha, la dividirían y finalmente la separarían de sus bases populares y juveniles. Gobiernan a Chile desde hace ya un año y medio. Y aunque es claro que han hecho algunas cosas importantes que la historia recogerá positivamente —la nacionalización del cobre, la continuación radical de la Reforma Agraria, determinadas medidas de política exterior, etc.— no cabe duda que, en opinión del pueblo chileno demostrada ya por tres veces en las urnas en los últimos diez meses, el saldo es más negativo que positivo. Y como ya vimos, el pueblo tiene razón en este juicio.

Para que estas reflexiones tengan algún valor orientador, quiero esquematizar el análisis alrededor de dos preguntas. La primera: "¿Por qué está fracasando el gobierno?". La segunda: "¿Ha abandonado Allende y la Unidad Popular "el camino chileno al socialismo" para intentar la dictadura del proletariado?".

Si podemos esclarecer estas dos preguntas sabremos escoger una línea de acción adecuada para hoy y para mañana.

¿Por qué está fracasando este gobierno? Creo que la respuesta es clara: Allende **entrevió** que en Chile era imposible la implantación del marxismo por la vía del enfrentamiento armado y la dictadura proletaria (o sea el camino marxista clásico) y que sólo era posible lo que ha sido llamado "el segundo camino al socialismo" o "camino chileno al socialismo". Pero desgraciadamente los Partidos marxistas y Allende **no vieron** que la **condición necesaria** para que existiera "el segundo camino al socialismo" para que fuera posible "un camino chileno al socialismo", era ser **mayoría institucional**.

El camino clásico del enfrentamiento armado y la dictadura del proletariado parte del supuesto de que no hay tránsito posible al socialismo sino a base de **destruir** la institucionalidad vigente, y de hacerlo mediante la **lucha armada**, la violencia física, el enfrentamiento directo entre las clases dominantes y las clases dominadas. En cambio, lo **esencial** de "un segundo camino al socialismo" en Chile era la posibilidad de utilizar la institucionalidad vigente para crear una nueva institucionalidad. Aquí está todo el secreto de la singularidad de la experiencia chilena. Pero, para hacer posible la utilización de la institucionalidad vigente para crear una nueva institucionalidad socialista y revolucionaria sin quebrantar los fundamentos de la legalidad del país, manteniendo la **legitimidad** (sin la cual el gobierno de Allende tendría sus días contados) era indispensable ser mayoría institucional y no minoría institucional.

Era un dilema tan claro como imperativo: O la **fuerza** para poder destruir las estructuras tradicionales; o la **mayoría institucional** para poder utilizarlas. Era la **contradicción** principal que el planteamiento político de la UP habría debido comprender y resolver para que "el segundo camino al socialismo" hubiese podido tener éxito. Porque como minoría institucional, se condenaba irremisiblemente a fracasar.

La Democracia Cristiana analizó hace tiempo este problema de la necesidad de ser mayoría institucional para sustituir el capitalismo por un socialismo sin dictaduras. Comprendimos con claridad que en Chile eso obliga a concertar acuerdos de gran alcance (no doctrinarios) entre los socia-

listas de inspiración cristiana y los socialistas de inspiración marxista. O más corto: entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular con respecto al período abierto por la elección presidencial de 1970.

Esta fue la "línea permanente" aprobada por la unanimidad de la Junta Nacional en agosto de 1969 y sostenida durante toda la campaña presidencial y también después. Nosotros vimos con claridad la cuestión fundamental que planteaba el "camino chileno al socialismo". ¡Pero ellos no! Han actuado con una ceguera que la historia condenará, porque está arriesgando el fracaso de una experiencia socialista en lo esencial, pero sin dictadura proletaria; fracaso que retardaría por largos años el desarrollo político positivo de Chile y de América Latina.

En este error político fundamental está el drama de este gobierno. Puede ser que en otras etapas futuras o que en otros países latinoamericanos esta **lección negativa** sea recogida con lucidez. No hay más socialismo posible en Chile que el socialismo democrático y pluralista, y este socialismo pasa necesariamente por el acuerdo entre las fuerzas auténticamente revolucionarias de inspiración marxista y las fuerzas auténticamente revolucionarias de inspiración cristiana.

En otro terreno, agreguemos que, aunque la nacionalización del cobre, la estatización de la Banca, la aceleración de la Reforma Agraria son objetivamente medidas técnicas socialistas, el socialismo es mucho más que simples medidas técnicas por importantes que sean. Socialismo es solidaridad, participación, disciplina social y laboral, trabajo duro en el esfuerzo productivo. ¡No hay eso en Chile hoy día! El Socialismo no es sólo una formulación teórica sobre la dialéctica, sino, además y sobre todo, socialismo es una **conciencia revolucionaria** y una **conducta revolucionaria**. En el Chile de la Unidad Popular, no hay ni una ni otra, en el grado indispensable. ¡Y sin revolucionarios que vayan más allá de la consigna fácil y palabretera, no hay revolución!

EL GOBIERNO NO ESTA EMPEÑADO EN PREPARAR EL ENFRENTAMIENTO ARMADO Y LA DICTADURA MARXISTA.

Esto nos lleva a la segunda cuestión de fondo para el pronunciamiento de este Plenario: "Fracasado el "segundo camino chileno", ¿está ahora el gobierno de Allende preparando subrepticamente el enfrentamiento con las armas y la violencia física, para imponer sobre los chilenos la dictadura del proletariado, escogiendo ellos la hora y las circunstancias? ¿Está coludido con quienes han declarado que así piensan, desbordando a la UP, algunos desde dentro y otros desde afuera? Si es así, ¿qué debe hacer el PDC ahora y mañana? Y si no es así, ¿cuál debe ser nuestra política frente al gobierno?".

El gobierno y la oposición coinciden en que Chile "enfrentará en el presente año una situación política difícil que puede convertirse en muy grave y una situación económica complicada que puede llegar a ser extremadamente ardua" según palabras que estoy citando literalmente del Informe de la Comisión Política del Partido Comunista

al Plenario del Comité Central según texto publicado en "El Siglo" hace tres días, el jueves 16 de marzo. Podría citar expresiones semejantes y recientes del propio Presidente Allende. Así lo ha dicho también la Democracia Cristiana, la oposición en general; y así lo presiente todo el país.

Pues bien, ¿hay base para creer que el gobierno de la Unidad Popular es ahora un gobierno marxista-leninista empeñado en preparar la lucha armada y la dictadura del proletariado? ¡Estoy convencido que no es así! ¡Y creo que una apreciación errónea de la Democracia Cristiana en este asunto crucial, sería un trágico error para Chile y, además, para nuestro Partido!

Pienso que el gobierno de la UP no es un gobierno marxista-leninista y no está empeñado en preparar la guerra civil con miras a la dictadura proletaria; y lo pienso por razones que explicaré a continuación:

Primera: porque de los 8 partidos políticos que hoy integran el gobierno UP, por lo menos cinco de ellos no son partidarios del marxismo-leninismo, entre otras cosas porque serían irremisiblemente sus víctimas. Ellos son: el PIR, el Partido Radical, la Izquierda Cristiana, el API y el Partido Social-Demócrata. Respecto al influyente y disciplinado Partido Comunista chileno sería tonto negar que son marxistas-leninistas y que ciertamente no le harían ascos a la dictadura del proletariado si creyeran que están dadas "las condiciones objetivas y las condiciones subjetivas" para imponerla en Chile. Pero no se necesita tener acceso a las reuniones del Comité Central comunista para saber que la línea táctica del Partido Comunista chileno es contraria a la lucha armada en las actuales circunstancias y es contraria a la acción del MIR y a las diferentes formas de "acción directa" de los ultras de izquierda en los campos, poblaciones o Industrias. Hay muchas razones que explican esta línea táctica del PC chileno, que es, por lo demás, la misma de los grandes Partidos Comunistas de Occidente (Francia, Italia) y en realidad la misma de todos los Partidos Comunistas que solidarizan con la Unión Soviética y rechazan la orientación del comunismo chino.

Al margen del debate ideológico, es un hecho comprobado hasta la saciedad durante el último cuarto de siglo en Chile, y marcadamente durante la Administración Alessandri y la nuestra, que el Partido Comunista chileno evitó deliberada y resueltamente llevar a la lucha social a sus límites extremos y colocar "con la espalda contra la pared" a los gobiernos que ellos combatían desde la oposición. No estará demás recordar, por ejemplo, el pacto CUT-Gobierno Frei, firmado por Luis Figueroa y Patricio Rojas, Ministro del Interior, conviniendo un aumento de salarios ligeramente inferior al aumento oficial del costo de la vida, nada menos que para regir en 1970, en plena campaña presidencial. Y el inmediato apoyo del PC a nuestro gobierno frente al conato de "cuartelazo" en el Tacna, en octubre de 1969.

Es cierto que viene de lejos también la táctica comunista de "ponerle a los dos lados", y de hacer con la mano izquierda cosas contradictorias con las que afirma la mano derecha; pero este manejo oportunista tiene límites. No es ciertamente por amor a la Constitución vigente que el comunismo chileno no está sumado, y probablemente no se sumará a los "termocéfalos" del marxis-

mo chileno que buscan provocar ahora el asalto al poder. Sus razones son otras: saben que no están dadas las condiciones objetivas para tener éxito en ese doble salto mortal. Y, en la medida en que dependa del PC chileno, no lo darán.

Queda el Partido Socialista, el Partido del Presidente de la República, pero que éste no controla, como lo demuestra el Informe interno publicado la semana pasada. Aunque parece claro que la Directiva oficial del PS estaría probablemente dispuesta a aprovechar alguna coyuntura favorable para el enfrentamiento armado, parece igualmente claro que otro sector importante del PS comparte la posición de Allende y no la del Comité Central.

En resumen, sólo el sector mayoritario del PS y otro sector del MAPU (tampoco todos) representan dentro de la Unidad Popular y del gobierno, la posición de los que estarían dispuestos a forzar los acontecimientos y a utilizar los medios de acción que da el gobierno, para preparar el enfrentamiento armado. Pero no son una fuerza decisiva frente al conjunto de la coalición de los dos Partidos Radicales, más el PC, más la Izquierda Cristiana, y los demás. Menos aún, cuando se recuerda que el propio Salvador Allende no sólo es fundador del Partido Socialista y militante desde hace 40 años, sino que es el Presidente de la República con el prestigio y la influencia partidaria y con el prestigio y la influencia nacional inherentes al cargo y a sus funciones.

Pues bien, los compromisos de Allende de respetar la Constitución y sujetar su acción estrictamente a los límites del programa de gobierno (que no es un programa marxista) han sido públicos, solemnes y reiterados. Nada autoriza para pensar que tales compromisos son solamente un juego hipócrita, por el contrario, todo demuestra que corresponden a su larga trayectoria en la política chilena, a sus convicciones personales de siempre y ciertamente a su interés como actual Presidente de Chile.

Hay además una razón internacional. La guerra civil con miras a establecer la dictadura del proletariado en un país pequeño, separado por inmensas distancias geográficas de los centros comunistas de poder mundial, ubicado como está Chile en una zona tan sensible para los intereses norteamericanos y de otros, sólo podría tener algunas chances de éxito si contara con el respaldo total de la Unión Soviética o de China, y particularmente de la primera durante los próximos 10 años. Y subrayo el concepto: **total**. Es decir incluyendo la asistencia armada durante el proceso de la guerra civil y después. Lo cual ciertamente significa la resolución de no retroceder ni aún ante el riesgo de la guerra nuclear. Es ésta la garantía que atajó a los norteamericanos frente a Cuba.

Sólo un demente podría creer que la tentativa de establecer en Chile durante el gobierno de Allende, una dictadura marxista-leninista contaría con el aliento o el respaldo total de la Unión Soviética o de China. Valga aquí una anécdota. En 1967 con ocasión de la visita de Kosiguin a Cuba, un alto personero del gobierno norteamericano me contó en Washington la versión de lo conversado entre Kosiguin y el líder cubano. Se agudizaba en ese entonces la polémica sobre el rol de O.L.A.S. respecto a las guerrillas marxistas en América

Latina y las intenciones que se atribuían al gobierno cubano de apoyar desde Cuba esos movimientos insurreccionales. La notificación de Kossiguin fue tan respetuosa como clara: "La política exterior de Cuba se hace en La Habana y no en Moscú. Y la política exterior de la Unión Soviética se hace en Moscú y no en La Habana. Si Cuba decide intervenir en otros países latinoamericanos no podemos prohibírselo, pero debemos advertir oportuna y claramente que no deberá contar con forma alguna de solidaridad de parte de la Unión Soviética".

O.L.A.S. murió de consunción y anemia.

Una revolución marxista-leninista en Chile, o en cualquier otro país latinoamericano que no cuente con el respaldo total de la Unión Soviética (China carece todavía de los medios plenamente necesarios), no tiene la menor chance de éxito. Ni una en un millón. Ninguna; por lo menos durante la década del '70 y mientras subsista el contexto mundial que ahora conocemos.

Los que intentaran tan descabellada aventura descubrirían a muy corto andar, que tendrían que "correr con colores propios". Es decir resignarse a ser "precursores". Y sólo el porvenir, de aquí a 20, 30 ó más años, podría decir si fueron realmente precursores de algo.

Finalmente, si a pesar de todo llegara a imponerse en algunos partidos o grupos la locura de desencadenar la violencia armada en escala nacional, y de proyectarla con miras a imponer una dictadura marxista, aunque provocaría graves daños y sufrimientos, serían irremisiblemente barridos por la abrumadora mayoría de los chilenos y por la reacción de las instituciones que garantizan el respeto a la legalidad fundamental del país. Si intentan la aventura, la perderán. ¡Y los grupos de gobierno lo saben, como en el fondo de su conciencia lo sabe todo el país!

En resumen, creo que a la pregunta central: "¿Está ahora el gobierno de Allende al servicio de una tentativa marxista dictatorial?", la respuesta que corresponde es "No". No: porque contradice el programa, los principios y los intereses de la Unidad Popular. No: porque no pueden contar con el respaldo total de la Unión Soviética sin lo cual carecen de la más mínima posibilidad de ganar. No: porque si lo intentan a pesar de todo, la perderán irremisiblemente. ¡Y lo saben!

¡PERO HAY OTRAS AMENAZAS...!

El "detonante" más peligroso no está en el gobierno ni en los partidos de oposición en cuanto tales. Está en la organización y acción de grupos "ultras", tanto de izquierda como de derecha. Es, por ejemplo, la ultra izquierda y sus múltiples frentes de "acción directa" en la lucha social, la que ha tenido éxito apreciable en paralizar al gobierno desbordándolo por la izquierda.

No son acciones atribuibles al gobierno o a la Unidad Popular, pero los resultados negativos para el gobierno se producen y se amplifican en la medida en que se extiende el sentimiento de inseguridad en los sectores amagados por la "acción directa" ilegal. Surge la tesis de la "defensa propia" difícil de objetar si la autoridad legal permanece inerte, y la consiguiente búsqueda de ar-

mas. De ahí a descubrir que la "defensa propia" es más eficaz cuando es organizada en "grupos de defensa propia", no hay más que un paso. El paso siguiente, es el cuestionamiento de la autoridad y de la legitimidad de un gobierno "por incapacidad para garantizar el orden público". ¡Y cuando la gente cree que la pistola, el fusil o la metralleta, son mejor garantía que la ley, se ha traspasado el umbral psicológico de la guerra civil!

Pero sería estúpido creer que sólo en el MIR y la ultra izquierda arde el fogón del enfrentamiento armado. También en la ultra derecha, aunque por razones obvias sus métodos y su táctica son otros. Las razones que llevan a la gente de Derecha a la insurrección y aún al fascismo, son muchas. ¡Si hasta Bidault, Jefe de la Residencia Francesa contra el Nazismo durante la ocupación hitlerista, fundador del Partido Demócrata Cristiano francés, llegó a decir: "Prefiero hacerme fascista que retirarnos de Argelia"!

Los intereses heridos, la exaltación nacionalista proyectada en términos enfermizos, el odio ciego al comunismo, el miedo irracional, las ambiciones personales, el sentimiento de inseguridad y de impotencia ante las ilegalidades de la burocracia o de la ultra izquierda, los agentes del imperialismo que azuzan y financian desde las sombras, son aguas de diversos cauces, que se van sumando y alimentando el espíritu de sedición en las filas de la ultra derecha.

Es un hecho que el tema de la guerra civil aparece cada vez más en la perspectiva mental de los chilenos y que en los últimos meses ha sido planteado alternativamente por el gobierno y por la oposición, en el parlamento, la prensa o la tribuna radial.

¡Nada peor puede ocurrirle a Chile que una guerra civil! El supremo deber patriótico y moral para la Democracia Cristiana es hacer todo lo que esté a nuestro alcance para detener la irracionalidad y la locura colectiva que significaría una guerra civil para el presente y el porvenir de nuestra Patria.

La de 1891 costó 10.000 muertos, quebrantó por decenios la estructura moral e institucional del país y nunca más la Nación recuperó el impulso que la señalaba de un modo tan singular en América Latina. La estrella de Chile se apagó el 97. ¡Hoy, el precio en sangre y lágrimas, en daños irrecuperables y en ruptura de la unidad moral de la Nación, sería inmensamente mayor que en 1891! ¡Y acaso amagaría, en determinadas circunstancias, hasta la integridad física del territorio nacional por razones que todos entendemos y que es mejor no detallar!

Por eso, mientras dependa de nosotros y en la plena medida en que dependa de nosotros, la Democracia Cristiana debe jugarse a fondo para combatir los hechos y la mentalidad que pretenden hacer viable en nuestra Patria la monstruosa perspectiva de la guerra civil; que no resolvería ninguno de nuestros males profundos, y que los agravaría todos.

Es posible que algún grupo intente "chantajearnos" con la amenaza de la guerra civil, razonando del mismo modo estúpido y provocador como lo hicieron algunos círculos marxistas a propósito de la decisión de la Junta Nacional DC, en octubre de 1970, de elegir Presidente de Chile a Allende en el Congreso Pleno. Más de un la-

forme político-marxista escrito "a posteriori" atribuye esa decisión, no a consideraciones patrióticas, no al respeto leal de la tradición constitucional chilena, no a la honestidad y a la consecuencia política, sino "al miedo de los burgueses demócrata-cristianos a la sublevación popular". ¡Cretinos! Ni un solo voto —¡ciertamente no el mío!— hubiese sacado Allende en la Junta Nacional Demócrata Cristiana si nos hubieran "amenazado" en ese entonces, con la "sublevación popular" o la "guerra civil" para obligarnos a votar por Allende en el Congreso Pleno. No lo hicieron. Y eso hizo posible la mejor solución para todos, dentro de las circunstancias vigentes entonces.

Traigo deliberadamente este recuerdo, porque nada sería peor que pretender abusar del país o de la Democracia Cristiana amenazándonos con que "si ustedes no se resignan a los atropellos habrá guerra civil".

Estoy convencido que la Democracia Cristiana aceptará plenamente su cuota de responsabilidad para que no haya en Chile ni golpe de Estado ni guerra civil. Pero no le corresponde a la Democracia Cristiana ni la mayor ni la primera responsabilidad de que no haya en Chile golpe de Estado o guerra civil.

ALGUNAS LINEAS DE ACCION.

Para no alargar más esta extensa exposición, me permito sugerir al Plenario algunas líneas generales, tanto de reflexión como de acción. Lo haré a base de un esquema de fácil comprensión para todos nuestros camaradas en el país: Tres "NO" y cuatro "SI":

NO: a la política de la exasperación o de la desesperación que deformando desmesuradamente la realidad, sostiene que el gobierno de la Unidad Popular está ya comprometido en la preparación de la dictadura del proletariado, y que hay que derribarlo a cualquier precio, incluso el de la guerra civil.

NO: a la política de negar al gobierno de la Unidad Popular "la sal y el agua", con el fin de agudizar deliberadamente la confrontación actual entre el Gobierno y la Oposición; y de hacer entrar en conflicto abierto a los sectores marxistas con la mayoría del país.

NO: a la política, sin sentido realista ni base moral, de que la Democracia Cristiana debe competir con el Partido Nacional o con Patria y Libertad y otros grupos ultras, sobre quién es "más duro" y quién cobra "más ojos por un ojo" o en la lucha callejera contra los marxistas.

SI: a la evidencia de que en Chile la democracia no ha muerto todavía y que la institucionalidad fundamental continúa funcionando.

SI: al diálogo democrático entre la Oposición y el Gobierno en todas aquellas materias en que sea posible encontrar un criterio común, como lo ha hecho ejemplarmente el Partido Demócrata Cristiano, desde su decisión de elegir a Allende Presidente de Chile, de apoyar después la nacionalización del cobre y otras importantes iniciativas de este gobierno, hasta el reciente acuerdo sobre Pactos Electorales y las actuales conversaciones en busca de un acuerdo sobre la reforma constitucional aprobada ya por el Congreso Nacional.

SI: a la conveniencia de mantener y ahondar un diálogo leal con aquellos partidos de la Unidad Popular que rechazan los planteamientos de otros grupos de gobierno para desnaturalizar el programa de Allende y los compromisos contraídos con el país, para avanzar hacia la imposición de una dictadura marxista en Chile.

SI: a la necesidad de preparar el porvenir abriendo desde ahora mismo una conciencia clara en el pueblo y en sus grupos políticos, de que sin unidad del pueblo no podrá hacerse en Chile la única revolución capaz de sacar al país de la frustración colectiva, de los antagonismos que desgarran la solidaridad nacional, de la pobreza interna y de la dependencia exterior: La revolución socialista, democrática y popular, cuya expresión más dinámica sería en Chile el **socialismo comunitario**.

En resumen: Nunca ha sido más clara que ahora la validez de la posición fundamental de la Democracia Cristiana frente a la realidad de nuestra patria. El viejo sistema institucional y económico está agotado. ¡No habrá respuestas para los problemas profundos del país en el marco de los valores e instituciones capitalistas! El socialismo es respuesta para Chile; pero no lo es en su versión marxista-leninista. El único camino chileno al socialismo es el que afirma simultáneamente el valor de la persona humana y los derechos y exigencias de la comunidad. Y que para el tránsito de la vieja a la nueva sociedad se apoya en el pueblo y no en la dictadura; cree más en la eficacia de la voluntad revolucionaria que en la coacción, la fuerza y el terror.